que probablemente estarian aun luchando con las olas del tempestuoso Océano.

Acabada la comida, los viajeros continuaron su marcha, descansando cuando Silvia se sentia fatigada, y al fin llegaron por la tarde á un sitio desde el cual se veia una especie de castillo, de los que en aquellas costas parece haber respetado la mano destructora del tiempo, y que estaba situado en el lindero del bosque, á la entrada de una vasta llanura; algunas encinas centenarias ocultaban en parte á la mirada de los viajeros aquel vetusto edificio.

Horacio rogó entónces á sus amigas que se sentaran en un banco de musgo, alejóse algunos pasos, y sacando un cuerno de caza produjo un prolongado y agudo sonido.

Aquella debia ser sin duda una señal, pues á los pocos momentos se oyó la contestacion, y un hombre que vestia un traje muy semejante al de Horacio, se aproximó á éste con muestras de profundo respeto y le estrechó la mano cordialmente.

El brigante habló algunas palabras con su compañero en voz baja, y haciendo luego una seña á las fugitivas para que se acercasen, las invitó á entrar en aquella solitaria morada,

CAPITULO XXVII.

El castillo.

El período mas glorioso para la antigua capital del mundo, se desvaneció con la República y con la majestuosa sencillez de aquel sistema de gobierno, por que desques de la batalla de Zama, en la que fué derrotado Anibal por Scipion, los romanos ya no tuvieron enemigos poderosos, y siéndoles fácil conquistar otras naciones, enriqueciéronse con sus despojos, entregandose luego á una vida de disipacion y de placeres. De este modo llegaron á degradarse de una manera vergonzosa, y al fin se convirtieron en esclavos de aquellos á quienes habian subyugado antes, con lo cual quedaba suficientemente castigado su orgullo. Sin embargo, la última generacion de la República brilló en todo su esplendor, y en ella figuraron algunos hombres que han dejado en la historia una página gloriosa y que escitaron la admiracion del mundo. Sertorio, Mario, Sila, Pompeyo y César, fueron las grandes figuras de su época, y si este último hubiera reunido á sus cualidades de gran general la abnegacion de Sila, habria sido segura-

mente un tipo perfecto. Menos sanguinario que otros, pero mas ambicioso, y deseando ornar su frente con una corona, murió al fin atravesado el corazon por las dagas de los republicanos de Roma. Sila fué tambien un gran general y además reformador; luchó hasta donde le permitieron sus medios para apartar á los romanos de la senda del vicio, y aun impuso terribles castigos, pues una vez mandó quitar la vida á un tiempo á 8,000 personas, mas reconociendo al fin la inutilidad de sus esfuerzos, reunió al pueblo en el Foro, y despues de reprenderle por su vergonzosa conducta, declaró, que no habiendo podido conseguir su objeto como dictador, no queria semejante dignidad, pero que antes de resignar el mando deseaba se le pidiese cuenta de sus acciones si alguno estaba resentido por la conducta que habia observado. Ni uno solo de los que escuchaban á Sila, á pesar de que se contaban entre ellos muchos á cuyos parientes habia mandado quitar la vida, osó contestar á tan atrevido reto, y entonces, con semblante austero y aspecto grave y digno, Sila bajó de la tribuna y se mezcló entre la multitud como un simple ciudadano.

El imperio se levantó sobre las ruinas de aquella maravillosa república, y aquí notaremos de paso que esta forma de gobierno no puede existir si los ciudadanos no son virtuosos; para que haya república es indispensable la moral y la rectitud; los vicios y la degradacion de los romanos fueron los que inauguraron el imperio.

Entre los varios emperadores hubo algunos que no se distinguieron sobre todo por sus maldades, como por ejemplo Trajano, Antonino y Marco Aurelio, pero los mas de ellos fueron unos mónstruos, que no satisfechos con las enormes riquezas que poseian, recurrieron á toda clase de pretestos para saquear á los ciudadanos. Muchos de estos, no obstante, que poseian cuantiosos bienes, huyeron bien pronto de Roma, otros se refugiaron en

tierra estranjera, y no pocos buscaron un asilo en los puntos mas lejanos del país para que no se les molestase. Entre estos últimos, un descendiente de Lúculo, en el reinado de Neron, habia mandado construir las primeras torres del antiguo castillo donde hemos dejado á Clélia y sus compañeros, y el edificio muy bien conservado, era un precioso modelo de la arquitectura de aquella época, si bien los últimos moradores, lo habian adornado interiormente al estilo del siglo XIX. Deshabitado durante algun tiempo, no tardó el castillo en quedar medio cubierto por la espesura y los árboles que crecian al rededor, circunstancia que no dejaba de ser favorable para Horacio y sus compañeros, tanto mas cuanto que, así como todas las fortalezas construidas en una época esencialmente guerrera, tenia esta inmensos subterráneos y pasos secretos que se comunicaban con el bosque. Para mayor seguridad de los habitantes del solitario castillo, habia circulado en los alrededores la noticia de que se veian en él fantasmas durante la noche, y los pastores aseguraban que nadie se atrevia á entrar, pues cuantos lo intentaban, desaparecian para siempre, sin que se pudiera averiguar su paradero. En confirmacion de esto, referíase la historia de la hermosa hija del príncipe T..., que hallándose con su familia en Porto d' Anzo para tomar los baños de mar, y habiendo ido un dia á pasear con sus doncellas en el bosque, se acercó al castillo y desapareció, sin que fuera posible encontrar luego á la jóven princesa á pesar de los esfuerzos que hizo el afligido padre para descubrir el paradero de su hija.

En aquella lúgubre mansion que tanto temor inspiraba á los campesinos, fué donde penetró Horacio con sus protegidas, segun hemos dicho antes.

CAPITULO XXVIII.

Irene

En el dintel de la puerta principal del castillo vieron nuestros viajeros al acercarse, una jóven que les llamó la atencion por su singular belleza. Podria tener á lo sumo unos veinte años, y aunque eran de admirar su dulce sonrisa y sus delicadas facciones, sus negros ojos y magnífico cabello, distinguíase sobre todo aquella mujer por su aire majestuoso y su porte distinguido.

Como sino hubiera visto á los que llegaban, acercóse la jóven á Horacio y le abrazó, ruborizándose ligeramente, despues de lo cual, dió un paso hácia las viajeras y las saludó afectuosamente, ofreciéndoles la mano cuando Horacio dijo:

—Os presento, amiga Irene, á la hija de Manlio, nuestro célebre escultor, y á su señora.

El buen Jacobo estaba asombrado al encontrar una mujer tan hermosa, allí donde no esperaba ver sino un salvaje desierto, pero su admiracion creció de punto cuando al penetrar en el castillo divisó en un espacioso salon una mesa cubierta con abundantes manjares.

—¿Me esperabais por ventura, querida Irene? preguntó Horacio al ver aquellos preparativos.

—Sí, amigo mio, repuso la jóven, he tenido el presentimiento de que no pasariais otra noche fuera, y por lo tanto habia tomado mis disposiciones para recibiros dignamente.

Y al decir estas palabras, Irene y Horacio cambiaron una mirada que despertó en Clélia el recuerdo de Attilio, y acaso tambien en Silvia el de su querido Manlio.

Jacobo, que era muy jóven, y poco sensible al amor, solo pensaba en satisfácer su apetito con los manjares que habia visto, pero aun le esperaba otra sorpresa antes de sentarse á comer.

Horacio volvió á tocar su bocina, y á los pocos momentos, entraron en la sala hasta quince hombres armados y equipados del mismo modo que el brigante, los cuales saludaron respetuosamente al que parecia ser su jefe. Como ya se acercaba la noche, Irene mandó traer luces, y entonces pudieron admirar Clélia y Silvia el marcial aspecto de los recien llegados, que contrastaba con la enérgica y franca espresion de sus fisonomias.

Despues de los cumplidos de costumbre, Horacio invitó á todos á que se sentaran á la mesa; puso á su derecha á Silvia y á su izquierda á Clélia é Irene, y el buen Jacobo se acomodó junto á la esposa de Manlio, mientras los nuevos huéspedes se colocaban frente al brigante, á quien hablaban siempre con la mayor deferencia.

La comida comenzó con un brindis á la libertad de Roma, sirviéronse suculentos manjares, reinó la mayor alegría, y cuando hubo terminado el banquete, acercóse Irene á sus huéspedas, ofreciéndose para acompañarlas á la habitacion que se les habia preparado, pero antes de separarse, las tres mujeres estuvieron conversando un gran rato, é Irene refirió á Silvia y á Clélia su historia en estos términos: